

complació Dios, en que los mismos trabajos de Pio VI, sirviesen para animar en los pueblos los sentimientos de piedad y respeto hacia la Cabeza de la Iglesia.

»El rey de España dispuso que en lugar del cardenal de Toledo, que hubo de quedarse en Italia, pasase otro enviado suyo á Francia, para estar al lado del Sumo Pontífice, y procurarle todos los alivios posibles. En efecto, sirvió de grandísimo consuelo á Su Santidad, esta compañía: al paso que las representaciones de un enviado del rey católico, suavizaban en Francia algunas providencias relativas á su situacion; y sobre todo, ya en Florencia, y despues en el tiempo que el santo Padre sobrevivió, debia muchas veces á la liberalidad del rey católico y del cardenal de Toledo la subsistencia de su persona, y de los pocos que le acompañaban.

»Llegó Pio VI, á Valencia á 14 de Julio; desde entonces conociendo cercano su fin, se disponia para la muerte con oraciones y meditaciones continuas. Sobrevínole luego la última enfermedad; y para recibir el Viático, quiso que le vistiesen de pontifical, y le bajasen de la cama; y hecha la profesion de la fé, prorumpió en una fervorosa oracion, pidiendo á Jesucristo, que conservase en Roma la pureza de la fé, y asegurase en la Francia la religion, la paz y toda felicidad. Por fin, llegó la hora de conducir el Señor á su siervo al descanso eterno: He aquí de que modo se anunció en la *Gaceta de Madrid* este doloroso acontecimiento. «Ha recibido el »Rey, con sumo dolor, la infausta noticia del fallecimiento de »nuestro santísimo Padre Pio VI, acaecida el 29 de Agosto último »en Valencia del Droma en Francia, á los ochenta y un años, ocho »meses y dos dias de edad, y á los veinte y cuatro años, seis meses »y catorce dias de pontificado: en el cual, y en todas las críticas »circunstancias que le han rodeado, manifestó siempre aquella »serenidad de espíritu que nace de una sólida virtud, y solo acompañá al alma del justo. Durante los once dias de su enfermedad, »sus labios no se abrieron, sino para prorumpir en alabanzas del »Criador, para hacer protestas de la mas ciega sumision á los decretos de la Providencia, ó para implorar sus bendiciones sobre »la Iglesia, sobre todos sus miembros, y particularmente sobre los »Reyes nuestros señores, y toda su real familia. Estas son las únicas reflexiones de consuelo, que deja á sus Majestades una pérdi-

»da, que ha penetrado sus piadosos corazones, y que será sensible »á todos los católicos cristianos, y á todos los hombres virtuosos »de cualquiera pais y creencia. No menor motivo de consuelo »ofrece á Sus Majestades la satisfactoria conviccion que les queda, »de no haber omitido ninguno de cuantos esfuerzos y medios han »sido practicables, tanto para conservar á Su Santidad en tranquilidad posesion de la Santa Sede, como para que en todas partes »tuviese á su lado ministros suyos, que le facilitasen todos los auxilios que pudiesen ser necesarios para aliviar sus dolencias, siendo »los únicos que han cuidado de dar á ellas consuelos efectivos, »sin contentarse con la compasion estéril, que otros le han tenido. »Así lo ha reconocido Su Santidad; y no ha cesado de manifestar »á los reyes nuestros señores su gratitud, explicándosela muy expresivamente en sus cartas poco tiempo antes de su muerte. Fué »muy grande la consternacion que causó la muerte de Su Santidad »en la ciudad de Valencia del Droma, cuyos habitantes procuraron todos á porfia esmerarse en su obsequio, y en el cuidado de »su salud, guardando á Su Santidad las debidas atenciones. Todos »lloraron su muerte; y como si con ella hubiese desaparecido toda »diferencia de opiniones, los que no sentían la pérdida de Su Santidad como la de un Vicario de Jesucristo y cabeza de su Iglesia, »lo lloraban como á dechado de virtud, y como á uno de aquellos »varones extraordinarios, que el cielo envia á la tierra, para ser el »ornamento y la gloria de la especie humana.»

»Hé aquí ahora algunas otras noticias de este Pontífice que extractamos de Montor.

»En 17 de Noviembre de 1784 condenó y prohibió un libro titulado *Profesion universal de fé de todas las religiones; 1784. Dedicada á la inteligencia de un hombre sano.*

»En el breve, Pio VI se expresa en estos términos:

»Acaba de salir de entre las tinieblas una obra exigua en su forma, pero completa en cuanto la amarga hiel y el veneno de que está llena. Su autor, que es desconocido, se propone atacar no tan solo este ó aquel capítulo de la doctrina cristiana, sino que pretende destruir á fondo todas las formas de la religion revelada. A su frente se ha impreso, por vana ostentacion, esta corta sentencia: *Conoce á Dios, y sé hombre de bien.*

»Hé aquí una de las aserciones del autor:

»En ninguna parte se ha prescrito, ni se ha podido prescribir, el modo de pensar rectamente; lo único que puede prescribirse es que quien obra rectamente es bueno, sea hebreo, turco, pagano, cristiano ó partidario del naturalismo (naturalista.)»

»Y nosotros podremos contestar: ¿Acaso el que piense de una manera depravada será bueno á los ojos de Dios que escudriña los corazones? ¿Acaso será bueno el hombre que piense mal con tal que no cometa exteriormente ningun delito? Al fingir mediante los hechos una prohidad de que carece, se miente á sí mismo, engaña al prójimo y al público, y se coloca en el número de los hipócritas. ¿Es posible cometer un insulto mas grave y mas atroz contra el autor de la doctrina de Jesus que consumó el sacrificio, que equiparar esta á la perfidia del judío, la grosera creencia inmanente del mahometano, la supersticion del pagano, y la constante é impia vanidad del sectario de la naturaleza?

»Nosotros por el contrario tenemos á nuestro Mediador en quien se hallan reunidos todos los tesoros de la sabiduria y de la ciencia, no nos dejamos reducir por la generalidad de una vana filosofía, y rechazamos la supersticion de una religion falsa.»

»En 21 de Noviembre de 1784, Pio VI condenó un libro alemán, titulado: *¿Qué es lo que dicen los documentos antiguos sobre la confesion auricular?* Viena, en la imprenta de José Nobili, 1784.

»Esta obra es del mismo autor del peligroso libro titulado: *¿Qué es el Papa?*

»Pio VI se expresa así al principiar:

»El Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, queriendo derramar mas todavía las riquezas de su misericordia, se apiadó de nuestra condicion terrenal, y para consolar á los que pierden la gracia del bautismo, instituyó en favor de los sacerdotes de la Iglesia el sacramento de la penitencia, en virtud del cual los fieles debidamente confesados y contritos, obtienen del sacerdote la absolucion de sus pecados.

»El autor de ese libro es Eybel, quien tiene ya publicado otro que se titula: *Introduccion al derecho eclesiástico del católico*, y que se halla continuado en el *index* con fecha 16 de Febrero del corriente año.

»Nuestro predecesor Celestino en sus cartas á Cirilo habla en estos términos: «Es preciso curar al momento la herida que no solo ataca un miembro, sino á todo el cuerpo.»

»El Papa prohíbe leer y conservar semejante libro, cuyas doctrinas refuta victoriosamente.

»Faltaba un hospital en Imola, y el Pontífice Pio VI, accediendo á las instancias de Chiaramonti, le permitió que inaugurase uno. La ciudad lo dotó, y Pio VI envió de su propio tesoro una subvencion, aprovechando esta coyuntura para prodigar por medio de un breve grandes alabanzas al cardenal Chiaramonti por su prudencia, por su integridad, por su fé, por su celo religioso y por su tino en los negocios. Son notables esas alabanzas, por cuanto se dirigieron á un cardenal que debia suceder en el pontificado á Pio VI, y eran por cierto muy merecidas, pues, Pio VII, si bien por sí solo no hubiera demostrado acierto en los negocios, supo elegir un buen ministro, que fué el ilustre cardenal Gonsalvi, uno de los hombres de Estado mas notables de principios de este siglo. Gonsalvi hizo lo posible para no comprometer la autoridad de la Santa Sede, que no bastaba ningun esfuerzo humano á defender contra el formidable coloso que dominaba la Europa, de cuyo poder solo se libró la Gran Bretaña, y en tiempo oportuno restableció la autoridad de Roma en el ser y estado en que se hallaba antes del cataclismo provocado por la revolucion francesa.

»En 27 de Noviembre de 1787, Pio VI promulgó una bula relativa á la mejor administracion de la Tierra Santa, en la que se reproducen las bulas expedidas por sus predecesores y se dictan nuevas disposiciones concernientes á la eleccion de las autoridades, á la administracion, y á los padres *discreti* que constituyen el consejo del guardian general.

»A fines del mismo año se procedió al exámen de un libro que, sin embargo, no fué condenado hasta el año 1788, y que se titulaba: *Segunda memoria católica que trata del triunfo de la fé y de la Iglesia, de los monarcas, de la monarquía y de la Compañía de Jesus, de las apologías que de esta se han hecho, y del exterminio de sus enemigos; libro destinado á ser presentado á Su Santidad y á los principales cristianos, y dividido en tres tomos y partes póstumas, y admitido por Clemente XIII, en la nueva imprenta Camerale del Buen Aire; en los años 1783-1784.*

»Esta obra de muy mal gusto, que carece de buen sentido y es contraria al bien parecer, habíase publicado ya antes con el título de *Memoria católica, destinada á presentarse al Papa*, obra póstuma; Cosmópolis, 1780.

»Pio VI hubiera podido prescindir muy bien de condenar este libro, muerto ya al nacer, y que no excitaba el menor interés entre las personas filósofas de Europa, pues en él no había mas que rencor, errores, aserciones falsas y calumnias.

»Aunque hemos ya visto morir á Pio VI en su destierro, daremos un paso atrás para dejar consignados algunos importantes datos que encontramos en el mismo historiador: son dignos de ser leídos; mejor diremos de ser estudiados. Son referentes al viaje del Santo Padre y á su muerte.

»Durante el viaje hubo momentos de vivo desasosiego, pues como las tropas impedían al pueblo adelantarse de un modo brusco, el pueblo se arrojó sobre algunos soldados llegando á desarmarlos. Las tropas acudieron al amparo del Papa, quién haciendo detener la comitiva, habló al pueblo y á los soldados restableciendo entre ellos la paz.

»Cinco dias permaneció el Papa en Grenoble, en donde los principales señores regalaban á los guardias y á los oficiales para poder penetrar en la habitacion del Papa, y pidieron permiso para servir á los prelados si no se les concedía asistir al Papa.

»El Padre Santo encontró en Grenoble á los prelados, cuyo regreso era debido á los buenos oficios del embajador de España Don Pedro de Labrador, enviado del rey católico cerca del infeliz Pontífice para aliviar sus sufrimientos.

»Hemos visto los sucesos ocurridos el dia de la entrada del Papa en Grenoble, y es imposible describir el entusiasmo que posteriormente excitó su presencia, y que no bastaban á sofocar las autoridades. Los soldados y los oficiales de la escolta no podían contenerse delante del comisionado y del comandante, de hablar de la amabilidad del Sumo Pontífice, y decían que los miramientos que se le tenían eran debidos á una fuerza superior y á un impulso mas fuerte que todas las órdenes que se expidieron de Paris. Las cosas llegaron hasta tal punto que los oficiales y los soldados, antes de entrar de servicio, querían besar los piés al Papa. Unos

le presentaban anillos para que los bendijese, otros medallas, estos solicitaban con empeño indulgencias y gracias espirituales para sus madres y para sus hermanas, no atreviéndose á pedir las para sí; aquellos deseaban ser bendecidos á solas. A todo esto el Papa se sonreía y contestaba en francés, accediendo gustoso á exigencias que eran para él muy agradables. Hizo mas todavía, y fué conceder á sus prelados las facultades necesarias para consolar las almas piadosas.

»En esa época ocurrió un hecho especial que bastaba á convencer al Directorio de cuan sobrehumano era el poder que creyó le sería dable despreciar. Sujetóse á la resolución del Papa una cuestion religiosa suscitada en la diócesis de Paris y la decidió en términos que acreditaban su firmeza y sus conocimientos en materias eclesiásticas.

»El 10 de Julio, dia en que el comisionado determinó que el Papa saliese de Grenoble, el pueblo, entre el cual veíanse protestantes, inundó el camino, dando nuevas pruebas de su afecto y veneracion hácia el Sumo Pontífice. En el momento en que el carruaje empezaba á andar desembarazadamente, llegó una mujer viuda á juzgar por su traje, con dos hijas suyas, las cuales deseosas de besar los piés al Papa corrian tras el carruaje gritando: «Escuchadnos, somos católicas, apostólicas, romanas, no nos rechaceis.» Pio VI observó la insistencia de aquellas mujeres, pero no se atrevió á pedir que se hiciese parar el carruaje; mas al detenerse para descansar un poco, hizo comparecer á su presencia á las mismas, á los cuales enjugó la frente y las colmó de elogios y de bendiciones por su ardiente fé.

»A mas distancia, salieron al encuentro del Papa grupos de niñas vestidas de blanco y derramando flores á su paso, siendo preciso á menudo contenerlas de precipitarse sobre el carruaje para besar la mano que las bendecía.

»Al llegar al departamento del Droma los gendarmes de la escolta se mostraron en extremo complacientes: siempre que el pueblo lo quería, permitían con consentimiento del Papa que se detuviese el carruaje, y hasta decían al pueblo: «Miradle bien, es el que vá vestido de blanco y ocupa la derecha.» Apesar del gran calor que hacía, Pio VI, mandó tener descubierto el carruaje.

Algunos de aquellos *imprudentes* gendarmes, según expresión de Pio VI, mandaban á la gente que se quitasen el sombrero.

»En los confines del departamento del Droma, un ayuntamiento salió en masa al encuentro de Su Santidad, á quien dirigió respetuosamente la palabra como en otro tiempo al rey de Francia. Bernis dijo bien: «No se arrancan fácilmente de los corazones y de los ánimos de un gran reino las profundas raíces de la religión.» La nación se separaba del gobierno, y por lo tanto este había de sucumbir.

»El Directorio había tomado en Valencia sus medidas, enviando á dicha ciudad algunos hombres de París conocidos por sus malos instintos. El 14 de Julio, día de funesta memoria, la administración central, publicó un decreto declarando al Papa prisionero de Estado. En efecto, Pio VI quedó reducido á este triste extremo. Las puertas de la fortaleza en que se hallaba, solo se abrían para el servicio indispensable. Los centinelas tenían siempre fija la vista en los terraplenes, para que no se formaran grupos de paisanos. Únicamente, se permitía al Pontífice, como un favor especial, dar un paseo por un jardín á donde se le conducía en un carrito de cuatro ruedas, pues la parálisis había invadido sus brazos y sus piernas.

»La mayor satisfacción para el Sumo Pontífice, era ser visitado por Labrador, embajador del rey de España, Carlos IV. Al verle, su rostro se animaba, pues aquel joven representante, le tenía una profunda veneración en la que se reflejaba el espíritu católico, que en todos tiempos ha distinguido á la nación española.

»Aumentaba de día en día el rigor con que era tratado el Papa, de tal modo, que los moradores de Valencia no podían menos de reprobalo. Apesar de las terminantes órdenes que había para no dejar acercar á nadie al Sumo Pontífice, algunas personas conseguían verle. El papa se hallaba en tal estado, que su vida no podía durar mucho; pues la parálisis había ganado tanto terreno en su extenuado cuerpo, que apenas podía recibir alimento.

»Labrador y Marotti, dijeron al Papa en cierta ocasión, que admiraban su valor, y que la época más notable de su célebre Pontificado sería sin duda la de sus sufrimientos y de su cautiverio, á lo cual Pio VI respondió: «Sea en buen hora; pero lo que

nos aflige en extremo es ver dispersos y perseguidos á los cardenales. ¿Qué es en la actualidad de nuestra pobre Roma que tanto hemos querido? ¿Qué es de nuestro estimado pueblo? ¿Que será de la Iglesia de Dios que tan agitada y destrozada hemos dejado?»

»En todas las provincias de Francia y en la Europa entera no se hablaba de otra cosa que del duro cautiverio en que gemía Pio VI, y de sus opresores, de quienes se decía que al trasportarle de destierro en destierro y de ciudad en ciudad, se proponían envilecer el culto católico en la persona de su jefe, y degradarle por decirlo así, haciéndole sufrir tantos martirios y cargándole de tantas cadenas. Pero lo repetimos: el representante de Jesucristo no era tan grande en el trono del Vaticano rodeado de esplendor, como en medio de sus desgracias.

»El ilustre cautivo no podía inspirar ninguna inquietud en su prisión de Valencia, pues la Provenza y el Delfinado estaban libres de todo riesgo; pero creyendo el Directorio que el pontífice moriría si emprendía un nuevo viaje, dispuso que se trasladase á Dijon. Quizás se esperaba también que no podría soportar un cambio de clima pasando á otro más frío que el de la Provenza. El Sumo Pontífice debía costear los gastos del viaje, lo cual no le hubiera sido posible á no auxiliarle Labrador, que como hemos dicho, le ofreció varias veces dinero por encargo de su corte y de varios católicos. Dióse orden de no detenerse en Lion, ciudad eminentemente religiosa. «Lion, como decía Pio VII, es una de las ciudades que enpuñan con más fuerza el estandarte de Jesucristo.»

»Esta medida causó gran pesar á Pio VI, quien dijo á sus prelados: «¡Con que es verdad que tampoco se nos deja estar tranquilo aquí, y que no se nos permite morir en nuestro encierro! Ya que el Directorio no está todavía satisfecho, que nos cargue de cadenas si aun recela de un anciano que no puede escapársele; pero que al menos le permita acabar tranquilamente las pocas horas de vida que le quedan.»

»Los administradores de Valencia procuraron conseguir que el Pontífice se quedase en esta ciudad; mas todo fué en vano. Pero las órdenes del Directorio no llegaron á cumplirse, pues fué absolutamente imposible trasportar al Papa, cuya situación se había